

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

2636

DOMINGO 11 DE ABRIL DE 2021

*Atardecer en playa El Zapote (2021),
pintura de Héctor Aburto.*



ESCRIBEN: Ada Aurora Sánchez, Rubén Carrillo, Adriana Malvido, Julio César Zamora, Christian Mora, Ramón Moreno, Sandra Sevilla, Ángel Gaona, Magda Escareño y Leopoldo Barragán.

El origen de las ideas

IV/IV

Christian Mora

VII
Carlos saltó en la cama. Despertó por la sensación de caer al vacío. *Maldito niño*, pensó, *pero me gusta la idea para otro cuento*. Tomó su plumón y garabateó una frase en el pizarrón:

+Un niño lleva a otros hacia la cueva para alimentar a la bruja.

Mirando el pizarrón se sentó sobre la cama. Los efectos secundarios de la meditación estaban durando más de lo esperado. Se sentía cansado de no poder dormir sin encontrarse a la joven. Creía mejorar de a poco, al menos esta vez no la veía en la cama. Tomó su celular y notó las dieciocho llamadas perdidas.

—Mierda, mierda —dijo para sí al ver la hora, el día; eran las once de la mañana del jueves.

Llamó a su jefe con la esperanza de aún conservar el trabajo, pero después de tres intentos, desistió. *Tendré que ir*. Se bañó de prisa, ideando la excusa perfecta para justificar su ausencia de cuatro días. *Diré que estuve enfermo. De pronto me sentí mal y ni tiempo tuve de ir al médico. Después de todo, más o menos eso me pasó. No creo poder decirles que me secuestró una bruja y mi hijo, el cual no existe, había cometido parricidio*. Caminó ensimismado hacia la sala para salir de su casa. Al pasar a un lado de la mecedora se detuvo. Creyó ver de reojo a alguien sentado en ella. Paralizado por segundos, no se atrevió a mirar. Dio pasos lentos, acercándose a la entrada; escuchó tras de sí el crujir de la madera. Con las manos temblorosas colocó la llave en la cerradura y abrió la puerta. Afuera, parecía de noche; llovía. Debido a la oscuridad no podía ver más allá de un par de metros, pero escuchaba correr el agua. Un relámpago iluminó el cielo y Carlos vio la calle convertida en río. A la otra orilla, una mujer vestida de blanco le recordó su cuento de la Llorona. La mujer entró en el río. Carlos dio dos pasos hacia atrás; una mano se posó sobre su hombro. Cerró los ojos deseando que todo desapareciera. Al abrirlos de nuevo, la mujer de blanco estaba frente a él, tan cerca que pudo haberla besado. Escapó sin saber cómo y corrió con sus piernas temerosas hacia su recámara. Ahí, esperándolo como la primera vez, la joven le hizo una señal para que se acercara. Esta ocasión, la desnudez de la fémmina no logró atraerlo. La otra mujer, la de blanco, se aproximaba por el pasillo. Carlos huyó hacia el patio con la esperanza de que nadie lo siguiera. Arrinconado en el lugar más lejano a la puerta, se sentó a llorar con la cabeza recargada en sus brazos cruzados. *¿Cuánto tiempo más?*, se preguntaba. Ahora recordaba el porqué había dejado de usar el meditar como fuente de inspiración. Quizás el tiempo ocultó en su memoria los malos recuerdos. No se acordaba de haber sufrido así antes. De lo peor que le había pasado fue cuando caminando por el jardín sintió a un hombre lobo perseguirlo hasta llegar a su casa o tal vez las cicatrices en el cuello que le duraron semanas cuando escribió sobre la chica vampiro. O... ¿no? Carlos recordó a la joven bruja. No era bruja. No era Annie. Ella misma lo había dicho. Pero entonces era... sí. La primogénita de Adán y Lilith. La joven que con su encanto seducía a los hombres y con su ritual los convertía en sus fieles sirvientes, en sus pequeños demonios. Carlos la recordó y recordó también sus antiguos tormentos.

Se puso de pie y caminó a la ventana del cuarto. Vio hacia la cama y le sorprendió verse a sí mismo entregándosele a la joven. En el reflejo del cristal, reconoció su mirada esarlata. Carlos se desvaneció en el patio.

Despertó, pero ¿cuántas veces no había despertado antes?

VIII

El último de los justos

Eliud miró la calle a través de la ventana. El fuego había consumido los árboles y comenzaba a invadir las casas aledañas. Lloraba de tristeza e impotencia. Dios se había olvidado de él. Se alejó de la ventana. El calor del exterior se hacía insoportable. Hincado sobre la alfombra de la única pieza en su casa, suplicó al Creador intercediera por él:

—Oh, Dios. Tú que todo lo puedes, no permitas paguen justos por pecadores —rogaba entre llantos con las manos cubriéndole el rostro.

Una joven de cabello bermejo vestida de blanco apareció en su cama. Eliud la miró primero asustado; sin embargo, creyendo que cuantiosa belleza sólo podría ser obra del Señor, bajó la guardia. *Dios me ha escuchado*, pensó, *esta jovencita ha venido a salvarme*.

—Dime, bella mujer, ¿cómo haremos para salir de aquí?

Ella permaneció en silencio.

—Acaso ¿tienes alas para huir por el cielo? —insistió Eliud.

La joven meneó la cabeza en negación.

Extrañado por la actitud de la fémmina, Eliud dudó en sus posibilidades de salvación.

—No soy una enviada del Altísimo, si es lo que estás pensando —habló la joven—. Debes aceptar que se ha olvidado de ti. Decidió destruir la ciudad sin importarle la existencia de personas como tú.

—Pero entonces, ¿quién eres tú?

—Eso no es trascendente. Lo importante aquí es que he venido a salvarte.

—¿Cómo?

Las pocas velas que iluminaban la casa se apagaron dejándolos en tinieblas. La joven se acercó a Eliud, posó sus manos sobre el cuello del hombre y le pidió confiar en ella. Eliud asintió. Sin darle tiempo de reaccionar, la joven comenzó a besarlo. Eliud sintió el calor invadiendo su cuerpo. Tuvo ganas de llevarla a la cama en ese instante, pero lo distrajo el fuego que ahora se expandía en su tejado. Para sorpresa de ambos, escucharon un par de golpes sobre la puerta de madera. Eliud se dirigió a la entrada mientras la joven lo esperaba acostada en la alfombra. Dos hombres caminaron al interior de la casa y explicaron la razón de su visita sin prestar mayor atención a la mujer.

—Eliud, el Señor nos ha enviado para sacarte de la ciudad. Es cuestión de tiempo para que dé inicio la lluvia de azufre. No es necesario llevar nada contigo, pues una vez estés a salvo Dios proveerá. Toma a tu esposa y vámonos.

—Ella no es mi esposa.

—Ah, ¿no? Y ¿qué estaban haciendo aquí a oscuras mientras la ciudad perece? —preguntó uno de los hombres.

—Eso es algo que a ti no te incumbe —respondió la joven acercándose a los visitantes.

Los dos enviados del Señor arquearon las cejas por la sorpresa.

—Por el amor del Altísimo, es Lilith —comentó el uno al otro.

—Imposible —le contestó—, pero el parecido es extraordinario.

—Ella era mi madre —les interrumpió la joven.

—Ya decía yo, ahora entiendo los males que aque-

jaban esta ciudad —dijo uno de los visitantes—. Eliud, será mejor que te alejes de esta mujercilla y nos vayamos cuanto antes. Si nos dilatamos más, se nos complicará sacarte.

Eliud miró a la joven. El deseo de poseerla era grande, pero su necesidad de sobrevivir lo era más. Estuvo a punto de cruzar la puerta cuando lo detuvo la joven.

—Espera —dijo ella. Se acercó para volver a besarlo y confundir sus ideas—. Puedes irte con ellos y vivir cien años más, pero la posibilidad de que mientras vivas no te condenes es poca y, entonces, al morir volverás al fuego por la eternidad. Al volver lo harás como un condenado y nunca te acostumbrarás a los castigos. Si te quedas hoy, yo me encargaré de que tu estancia sea placentera.

—No la escuches, Eliud —intercedió uno de los hombres—. Nadie asegura que caigas en pecado. Vámonos, no esperaremos más.

Pero el apetito por la mujer ya se había instalado en lo más profundo de su conciencia. Los visitantes abandonaron la casa y los dejaron a solas. Ella lo tomó de la mano y lo guió a la cama. La joven deslizó su vestido hacia el suelo dejando a la vista sus atributos físicos. Embriagado de deseo, Eliud no se dio cuenta cuando la casa se vino abajo. Entregado por completo a la joven, ésta le acariciaba el cabello mientras Eliud se convertía en cenizas.



In situ. De la Ticla a Maruata

Exposición virtual de Héctor Aburto

Ada Aurora Sánchez

Cierto día de febrero de 2021, en medio de la pandemia por Covid-19, Héctor Miguel Aburto quiso ir al encuentro del mar, a uno que le recordase su infancia manzanillense, de vivos colores y salobres brisas. Tomó su caballete, lienzos, pinturas y pinceles, y se dispuso a volver al origen de su carrera como artista visual, hacer suyo un reto que había pospuesto durante años: pintar una serie de marinas al óleo para dejar que el mar desplegara sus olas, como alas, y murmurara, desde el fondo de su memoria primitiva, de dónde vienen los sueños.

La exposición virtual *In situ. De la Ticla a Maruata*, que nos ofrece Héctor Aburto (véase: <https://www.hectoraburto.com/>), es el resultado, precisamente, de un viaje de varios días por playas michoacanas donde la tranquilidad y el ensimismamiento, a falta de turistas en febrero, otorgaron al paisaje un doble halo de serenidad y silencio, que, según cada espectador, podrá traducir como nostalgia o felicidad reposada.

Diez óleos, en formato de 30 x 40 cm, dan cuenta de un registro pictográfico en que el mar y el cielo toman por asalto la mirada del espectador. De azul y blanco se llena la pupila, y de finísimos matices de otros muchos colores que revelan la matutina o vespertina hora en que se ha captado el paisaje. En un promedio de mes y medio, Héctor Aburto llevó a cabo las diez pinturas de esta exposición. *In situ*, durante tres días y a unos cuantos pasos del mar, el artista tomó apuntes del reventar de las olas, de los riscos, la arena, las nubes, pero, sobre todo, del rumor de vida que en el agua verde claro o azul oscuro se escuchaba, para dejarlo —de algún modo y arte de por medio— en las obras que concluiría en su estudio. En el viaje tomó fotografías para apoyar el esbozo de cuatro obras en particular. Así, el mar y su fronda espumosa llegaron hasta su cuarto de trabajo de la calle Allende, en Colima, y le prodigaron nuevos motivos para seguir pintando.

Los diez cuadros que conforman *In situ* son: La Ticla; Amanecer en El Zapote; El Zapote y sus rocas; Atardecer en playa El Zapote; Por la cima en El Zapote; Palma sola; Maruata I; Maruata II; Tras las rocas de Maruata; y La cueva de Maruata. He aquí todo un itinerario visual que refleja no solo un paisaje exterior, sino también interior, porque en lo pintado también se encuentra el temple anímico del que pinta.

En “El caminante sobre el mar de nubes” de Caspar David Friedrich, pintor clave del romanticismo alemán, un caballero parado

sobre unos riscos y de espaldas al espectador, contempla desde una posición superior el batir agitado, furioso, de las olas que chocan contra las rocas. El caballero encarna al romántico de la época que busca entregarse con pasión a la aventura, saberse vencedor en batallas de amor, de libertad o de guerra; el mar le seduce por su belleza y peligro, le sublima en su dualidad.

Héctor Aburto, atraído también por el mar como Caspar David Friedrich, lo pinta, en cambio, desde un mismo plano, *de tú a tú*, porque no busca proyectar un ansia de dominio, sino de fusión, de complementariedad con el ancho mar como principio de todas las formas vivientes. Por eso, el espectador, que toma el punto de vista del pintor, va al encuentro de un mar que, en la mayoría de las pinturas, se muestra tranquilo, dedicado a la repetitiva tarea de dar forma a las olas. La serie *In situ* apuesta por la expansión del sentido contemplativo, introspectivo, que va tras los recuerdos, la íntima sustancia que hace la memoria, más que por la representación del espíritu atormentado, que el propio mar, en otro contexto, en otros cuadros, bien podría sugerir.

Miguelín (con este nombre gusta de firmar sus cuadros Héctor Aburto), trasciende la marina tradicional, el paisajismo un tanto desacreditado, con recursos como las dobles capas, transparencias y veladuras, manchas, sobrerrelieves y una paleta de colores amplia que logra que el espectador tenga el deseo de sentir el mar en la yema de los dedos, tenga la certeza de que no mira un cuadro en que se representa el agua en movimiento, sino que se halla frente al verdadero mar, en una experiencia sin tiempo que le prodigan la luz y las sombras, y un horizonte que se funde con el cielo.

Licenciado en Artes Visuales por el Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara, Héctor Aburto ha desarrollado diversas técnicas artísticas a lo largo de su carrera y de las cuales ha dado muestra en notables exposiciones dentro y fuera de México. De espíritu experimental, en esta ocasión Héctor Aburto nos comparte una serie paisajista con un motivo muy sugerente en el mundo del arte, el mar, para librarnos del confinamiento, para obsequiarnos trazos vitales con que se hace, en la tibieza del color, la esperanza. La experimentación, en *In situ*, implica volver al origen, a lo básico, por fortuna.

No se olvide de visitar la exposición virtual de Héctor Aburto, artista colimense, universitario, de innegable talento.

Amanecer en Zapote.



El mar y el cielo toman por asalto la mirada del espectador. De azul y blanco se llena la pupila, y de finísimos matices de otros muchos colores que revelan la matutina o vespertina hora en que se ha captado el paisaje. En un promedio de mes y medio, Héctor Aburto llevó a cabo las diez pinturas de esta exposición.

Maruata I.



Tierra de Letras, historia de un editor

De Comala a Tijuana, nuevo libro

I/II

Julio César Zamora

Con más de treinta libros publicados, la editorial Tierra de Letras es ya una pequeña república de autores que se robustece año con año, bajo la dirección de su creador Enrique Ceballos Ramos, el infatigable editor colimense, nacido en Cuyutlán.

En entrevista exclusiva para Ágora, relató que su inicio en la edición de libros fue producto de la casualidad, pero en realidad lo que sucedió fue una causalidad. Sí, el hecho de que su hermano Manuel hiciera algunos cambios en los artículos de su padre, Carlos Caco Ceballos Silva, quien durante años publicó su columna *De lejos y a mi alrededor* en las páginas de Diario de Colima y luego en este suplemento cultural, ocasionó que Enrique le hiciera la observación de que por respeto al autor, no se debía alterar su obra. “No hizo caso a mi reclamo y entonces me vi obligado a informarle a mi papá para que le llamara la atención, pero dio una solución drástica al problema: dile a Manuel que tú harás el libro en lugar de él”.

Ese año de 1995, lo primero que hizo Enrique Ceballos fue agrupar el material en forma temática: Mis antepasados, Primera edad, Hotelero en Cuyutlán, Agricultor en Tecomán, Comerciante en Colima, Predicando en el desierto, El valor de la amistad y Cosas que me sucedieron. “Después invité a dos personas egresadas de letras de la Universidad de Colima a que efectuaran una revisión gramatical, y por último, le pedí al doctor José Miguel Romero de Solís que hiciera el Prólogo”.

Cuando el libro se terminó de imprimir, Enrique empezó a organizar la presentación, diciéndole a su padre que ya tenía a los tres presentadores, pero “él quería que fueran tres mujeres, entonces la periodista cultural tapatía Yolanda Zamora Puente, la historiadora Blanca Estela Gutiérrez Grageda y la maestra Socorro Arce García, fueron quienes presentaron el libro, un evento exitoso donde vi a mi papá radiante de felicidad”.

El editor

Una década después, en 2005, el sacerdote Roberto Urzúa Orozco buscó a Enrique Ceballos Ramos para pedirle que le editara su libro *Trilogía Histórica de Colima*, en su cuarta edición.

“Me sorprendió su solicitud, ya que le dije que yo no era editor, sino comerciante de libros desde 1998 en Casa Ceballos. Él me insistió varias veces diciendo que conocía a mi papá Caco Ceballos y que por eso confiaba en mí. Me llegó a decir que mi familia y yo estábamos presentes en sus oraciones, por lo que ya no pude resistir tanta presión y terminé por aceptar. Solo puse como condición no hacer un solo libro grande, sino tres pequeños por cuestiones de costos. Al principio no quería aceptar, pero finalmente accedí y publiqué *La muerte del Indio Alonso* (2006), *El Camino Real de Colima* (2008) y *Jerónimo López. Un conquistador de Colimán* (2009)”.

Tierra de Letras

Con esos tres libros Enrique Ceballos inició su carrera como editor y con el sello editorial Tierra de Letras. A partir de 2009, se jubiló de comerciante en su reconocida tienda de helados El Pingüino sin Cola, y se dedicó en forma más amplia a la edición de libros, aunque enfocado más a la gestión que a la impresión de los mismos.

“A la fecha he impulsado treinta y ocho libros agrupados de la siguiente forma: literatura, seis (cuentos, novelas y poesía); metaliteratura, catorce (Análisis críticos de autores colimenses, Escritores bajo la lupa y Centenarios de escritores), y de historia, dieciocho (Historia de Colima, Análisis críticos de autores colimenses, Biografías y Crónicas)”.

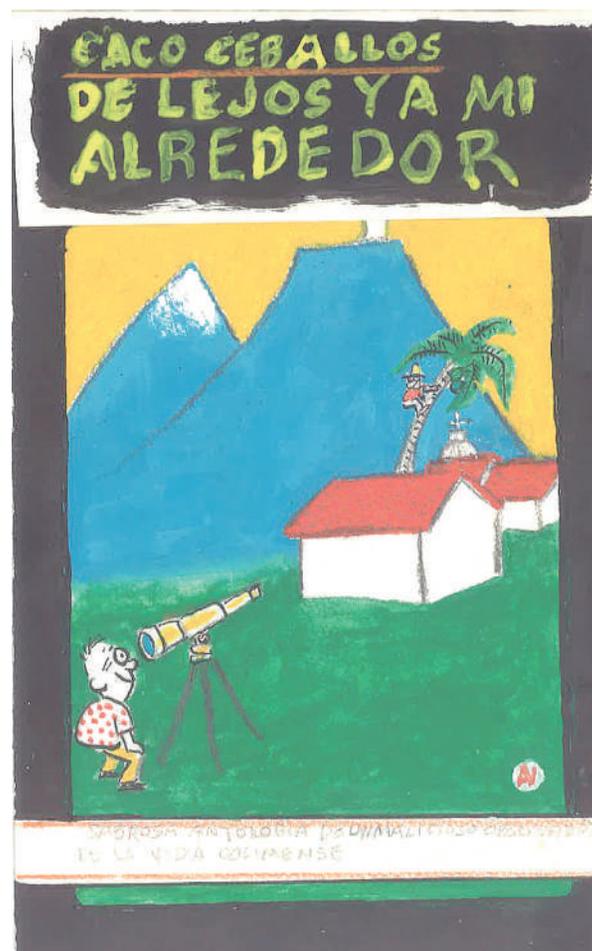
Enrique confiesa que su trabajo como editor le ha producido infinidad de satisfacciones, “y en lo que me resta de vida pretendo hacer al menos unos doce libros más”, para cerrar la cuenta con media centena.

“Entre los títulos que me faltan: Centenarios de Felipe Sevilla del Río y Alberto Isaac Ahumada; Historia del Círculo Juvenil Colimense en Guadalajara (fui integrante del mismo); Antología sobre Cuyutlán (lugar donde nací); Participación en Foros y Coloquios de Crónicas; Análisis Críticos de autores colimenses (en Literatura, Historia y Temas

Generales de los lustros 2006-2010, 2011-2015 y 2016-2020)”.

La portada que nunca fue publicada Cuando Enrique entregó el archivo digital del libro de su papá, *De lejos y a mi alrededor*, en 1995 a Juan Diego Suárez Dávila, para que lo publicara la Universidad de Colima, éste lo felicitó por lo bien trabajado que entregaba el original, diciéndole: “Ojalá todos los autores entregaran sus archivos en estas condiciones de calidad”. Al pretender dejarle la portada que ilustró Alberto Isaac, le comentó “no me la dejes todavía, no se vaya a traspapelar, mejor ya que lleguemos a ese proceso nosotros te llamamos para que la traigas”. Mas como Enrique Ceballos se iría a Estados Unidos, respondió que se la dejaría a su hermana Laura y que le llamaran a ella. Pero cuando se publicó el libro salió sin la portada de Alberto Isaac, y al preguntarle a Laura el motivo ella le contestó que nunca la habían llamado.

“Mi papá estaba apenado con su amigo Alberto Isaac por el desaire de la portada no publicada. Tiempo después descubrí la verdadera causa, de la Universidad sí le llamaron a mi hermana Laura, pero me dijeron que ella no había querido mandarla, sin consultarme a mí como editor ni a mi papá como autor y propietario de la portada. La razón que dio es que le parecía vergonzosa, ya que en la imagen caricaturesca de mi papá viendo hacia los volcanes estaba viendo a través de un microscopio y no de un telescopio. Me pareció increíble su respuesta, ya que Isaac fue humorista, pero lo más importante de todo es que mi padre estuvo de acuerdo con en esa portada. La leyenda que puso Isaac abajo de la portada fue: ‘Sabrosa antología de un malicioso observador de la vida colimense’. Con este detalle aprendí lo importante que es vigilar todo el proceso de edición, para que no haya contratiempos ni censuras”.



Cómo Stephen King enseña a escribir

Rubén Carrillo Ruiz

En nombre de la educación muchos niños héroes se envuelven en la bandera. Abundan los panegíricos. Pero la realidad es la profesora que le pone orejas de burro a un escenario que reprueba anhelos colectivos.

En muchos países como México, es decir, en el atraso educativo, el déficit en la lectura se convierte en el coco formativo: los adolescentes egresan del sistema básico con dificultades visibles para desplegar la comunicación básica del idioma. ¿Culpables? Somos todos. ¿Solución? Más intervención directa como padres de familia, medios de comunicación, profesores. La acción docente siempre será clave en la esfera emocional del aprendizaje. Y quienes enseñan deben tener a la mano el mayor número de posibilidades de cambio y actualización que entraña una capacitación para este tiempo, no anquilosada.

La siguiente traducción es parte de una entrevista que Jessica Lahey consiguió de Stephen King, quien antes de gran escritor fue profesor. La pieza periodística apareció en el semanario más antiguo de EUA, *The Atlantic*. Por razones de espacio, comparto aspectos sustantivos.

Su obra clásica, *On Writing (Mientras escribo)*, una memoria de la artesanía, ha sido elemento fijo en mi aula de inglés durante años, pero en este verano, cuando empecé a enseñar en una residencia de rehabilitación de drogas y alcohol, descubrí la medida de su valor pedagógico. Durante semanas, luché para involucrar a mis estudiantes adolescentes desintoxicados, frustrados y renuentes. Expuse mis mejores lecciones y practiqué mis mejores trucos, pero (a excepción de una conmovedora lectura en voz alta de *The Tell Tale Heart [El corazón delator]*, de Poe), no logré captar su atención o imaginación.

Hasta que repartí copias de *On Writing*. Las memorias de Stephen King son más que inventario, caja de herramientas del escritor o mirada *voyeurista* a su prolífica y exitosa vida de escritor. King cuenta sus años como profesor de inglés en la escuela secundaria, su propia recuperación de la adicción a las drogas y alcohol, y su amor por sus estudiantes. Lo más importante: cautiva al lector con su relato honesto de los desafíos a los que se enfrenta, y promete redención a cualquiera que esté dispuesto a llegar a la página en blanco con sentido de propósito.

Le pedí a King que expusiera las partes de *On Writing*: las tuercas y tornillos de la enseñanza, los detalles más ingeniosos de la gramática y sus ideas sobre cómo fomentar el amor por el lenguaje en todos nuestros estudiantes.

Jessica Lahey: Escribe que enseñé gramática “con éxito”. ¿Cómo definió el “éxito” cuando enseñaba?

Stephen King: El éxito es mantener la atención de los estudiantes para em-

pezar, y luego hacerles ver que la mayoría de las reglas son bastante simples. Siempre empecé diciéndoles que no se preocuparan demasiado por cosas como verbos raros y que solo recordaran que el sujeto y el verbo estuvieran de acuerdo.

Lahey: Cuando la gente me pide que nombre mis libros favoritos, les solicito que reduzcan su petición: ¿leer o enseñar? Usted proporciona una lista fantástica de libros, pero ¿cuáles eran sus favoritos para enseñar y por qué?

King: Cuando se trata de literatura, la mejor suerte que he tenido con estudiantes de secundaria fue enseñar el largo poema de James Dickey, *Falling*. Es sobre una azafata succionada de un avión. Ellos ven de inmediato una metáfora extendida de la vida misma, desde la cuna hasta la tumba, y les gusta el lenguaje. Tuve éxito con *El señor de las moscas e historias cortas*. Nadie pone un libro de gramática en su lista de lecturas fascinantes, pero *The Elements of Style* sigue siendo un buen manual. Los niños lo aceptan.

Lahey: Escribe: “Uno absorbe los principios gramaticales de su lengua materna en la conversación y en la lectura o no”. Si tal es cierto, ¿por qué enseñar gramática en la escuela? ¿Por qué molestarse en nombrar las partes?

King: Cuando nombramos las partes, eliminamos el misterio y convertimos la escritura en un problema que puede ser resuelto. Sin embargo, la lectura es la clave.

Lahey: Aunque me encanta enseñar gramática, estoy en conflicto con la utilidad de la diagramación de oraciones. ¿Enseñó diagramación y, en caso afirmativo, por qué?

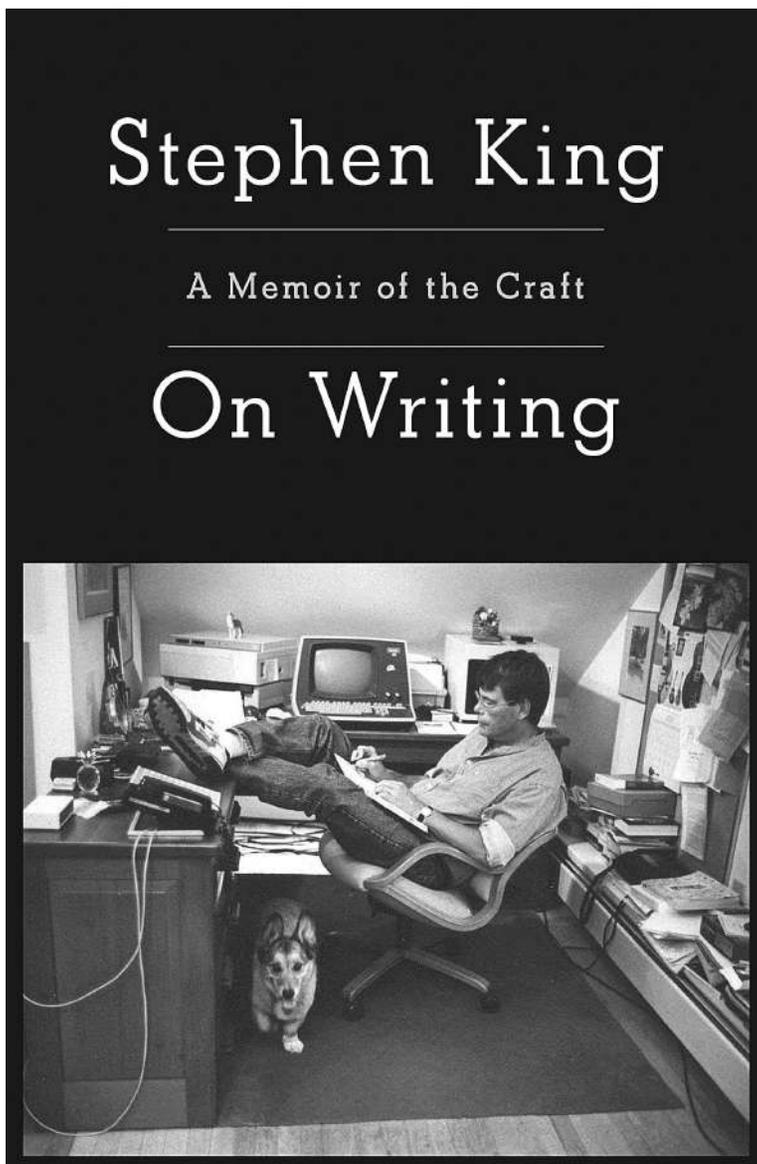
King: La enseñé siempre diciendo: esto es por diversión, como resolver un crucigrama. Que se acercaran como un juego. Les di frases para diagramar como tarea, pero les prometí que no las probaría, y nunca lo hice. ¿Realmente enseña diagramación? ¡Bien! Creí que ya nadie lo hacía.

Lahey: En la introducción a *The Elements of Style*, White relata la instrucción de William Strunk: omitir palabras innecesarias. Mientras que sus libros son voluminosos, su escritura permanece concisa. ¿Cómo decide cuáles son innecesarias y cuáles no para el relato?

King. Es lo que se oye en la cabeza, pero nunca está bien la primera vez. Así que tienes que reescribirlo y revisarlo.

Lahey: Por extensión, ¿cómo pueden los profesores de escritura ayudar a los estudiantes a reconocer qué palabras son necesarias en su propia escritura?

King: Pregúntale siempre al estudiante escritor: ¿qué quieres decir? Cada frase que responda a esa cuestión es parte del ensayo o historia. Cada frase que no, tiene que desaparecer. No creo que sean las palabras en sí, sino las frases.



Le pedí a King que expusiera las partes de *On Writing*: las tuercas y tornillos de la enseñanza, los detalles más ingeniosos de la gramática y sus ideas sobre cómo fomentar el amor por el lenguaje en todos nuestros estudiantes.

Ilustración de Enrique Torralba.



Cambio y fuera

Los ilustradores y la SEP

Adriana Malvido

Marx Arriaga, titular de la Dirección de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública, lanza en marzo una convocatoria a creadores visuales para el rediseño de libros de texto gratuito de educación primaria destinados al ciclo escolar 2021-2022. En plena pandemia y crisis laboral, les advierte que no habrá pago alguno, sólo una constancia y el derecho a un ejemplar. Además, cederán los derechos de reproducción de su trabajo y deberán sentirse orgullosos. Los libros se necesitan, impresos, en agosto.

La Asociación Mexicana de Ilustradores (AMDI), que encabeza el reconocido autor Enrique Torralba, organiza foros, lanza una #Anticonvocatoria en redes donde exhibe con humor la improvisación del proyecto, y envía a las autoridades una carta donde expresa su indignación. Y es que, en el fondo de la convocatoria oficial hay un desprecio a la excelencia profesional, a los maestros y a las infancias de este país. Pero también a la historia de la ilustración en México y a la calidad de sus autores.

Desde las pinturas rupestres, los códices y los tlacuilos hasta el videojuego, hay una rica tradición de ilustradores en este país. Artistas de la Escuela Mexicana de Pintura, como Gabriel Fernández Ledesma, y del Taller de la Gráfica Popular, como Mariana Yampolski; integrantes del movimiento muralista, como Diego Rivera; y de la generación de la Ruptura, como Vicente Rojo y también Francisco Toledo, hicieron ilustraciones para niños. Los caminos del diseño, la caricatura, la historieta, la abstracción, el collage, el realismo mágico y el surrealismo, el expresionismo, la poética visual y el hiperrealismo; la experimentación de texturas, el lápiz, el carbón, el grabado, la acuarela, el

óleo o la tinta y los nuevos lenguajes digitales forman parte de ese universo y de nuestro patrimonio visual.

Los niños son los más exigentes de todos los públicos. Una niña que se habitúa a la belleza en los libros, la buscará en todas las expresiones artísticas y de la vida, es decir, una buena ilustración contribuye a la educación visual, tan necesaria como la alfabetización en un mundo donde millones de imágenes circulan cada día por nuestras pantallas. Un niño que se acerca al arte de calidad exigirá mejores contenidos en el cine, la televisión o el videojuego, también sabrá demandar un mejor paisaje urbano, una educación a la altura de sus capacidades, un mejor mundo para mirar y más herramientas para transformarlo.

Gracias a las ilustraciones, una niña de hoy sabe cómo eran los dinosaurios en la prehistoria. Un niño de ciudad puede conocer el desierto, la selva, la montaña y su flora y su fauna. Una niña de campo viajará a espacios urbanos que quizá no conoce... una y otro podrán descubrir la diversidad cultural y los distintos modos de vida sobre la Tierra. Las ilustraciones también son casa del otro mundo posible: donde hay lugar para la magia, para los mitos, y para seres de fantasía. El lápiz, el pincel o el mouse del autor son la varita mágica que lo hace posible. El ilustrador es, pues, un artista que convierte a su trabajo en un espacio de complicidad con los niños.

Decía Diego Rivera que cuando se paga por una obra de arte, un concierto, un libro, un dibujo... "pagas la cantidad de sensibilidad, la cantidad de imaginación, la cantidad genio eventualmente, el trabajo acumulado por el artista para ejecutar su obra". Que sus palabras resuenen en la SEP.

adriana.neneka@gmail.com

Calamidades

IV Cultura adormecida:

Qué han de creer los que se creen cultos... buscan y hallan placeres en lugar de dudas. Y pisotean a los que traen en las venas el tiempo de urgencias. ¿Qué han de creer, los que se dicen dadores de cultura si están vacíos...? Nada saben del misterio del asombro...

La niña de Cuyutlán

(Crónica de una imagen)

Ángel Gaona

2016

Durante dos días acompañé a un grupo de videoastas, documentalistas y fotógrafos, que vinieron a investigar y documentar la tradición culinaria de Colima. El día que tocó Cuyutlán en el itinerario, llegué un poco tarde al hotel donde se hospedaban los visitantes, éstos iban saliendo del restaurante y ya no tuve tiempo para desayunar. Abordé uno de los vehículos que nos conducirían a la playa con el estómago vacío. Cuando llegamos, pedí que me esperaran, me bajé en la primera lonchería que vi para pedir que me prepararan una torta y un jugo en lo que regresábamos de la playa. Al girar mi cuerpo para regresar a la camioneta, veo a todos los del crew parados en plena calle, haciéndome señas insistentes con la mano para que me hiciera a un lado. Al hacerlo, escucho tres veces seguidas el click del obturador de la reflex de Adam. Una niña sentada en uno de los bancos de la lonchería, había sido su objetivo. Sólo supimos que se llamaba Kimberly, y que iba acompañada de su abuela. No le di mayor importancia al asunto. Teníamos el tiempo justo para continuar nuestro recorrido. Abordamos las dos camionetas, durante el trayecto, por casualidad me senté al lado de Adam. Sobre sus piernas llevaba una lap top abierta donde revisaba las fotografías que acababa de tomar en una plantación de palmas. De pronto, apareció en el monitor la niña recién retratada. Le pedí que pausara esa imagen, la que compartimos con el resto de los compañeros, excepto el chofer que iba conduciendo; todos opinamos lo mismo, la

fotografía de la niña era digna de exponerse en una galería. Supe después que Adam Wiseman era un fotógrafo de talla internacional en el género de la fotografía urbana.

2021

El historiador y cronista, Abelardo Ahumada, nos convocó a un grupo de amigos a una caminata del Paraíso a Boca de Pascuales y viceversa. Como colofón, nos llevé a unos helados en el centro de Armería. Ahí la vi, la reconocí al instante, era la niña de la fotografía, esta vez iba con su papá, quien, sorprendido escuchó mis explicaciones acerca de cómo y por qué la conocía. Sólo supe que siguen viviendo en Cuyutlán. Juan Carlos Recinos, uno de los paseantes, poeta y fotógrafo, quiso saber el nombre del fotógrafo en cuestión. Como ya no lo recordaba, le di suficientes pistas para que, con su sagacidad y afán por saber lo que le interesa, bastara para ubicarlo en una de las portadas de la revista *National Geographic*. Y no sólo eso, sino que además encontró en los archivos públicos de Adam, la fotografía de Kimberly. Lo localicé en las redes, le conté del encuentro con la niña y de las indagatorias de Juan Carlos. Le dio gusto, "y uno piensa que va tomando fotos por el mundo y nadie las ve", me dijo. Actualmente, Adam vive en Londres, promete regresar a Colima y de paso visitar a su modelo incidental. Entretanto, Juan Carlos me propone imprimir la fotografía en papel algodón, y que vayamos a buscarla a Cuyutlán para dársela. Sólo sabemos su nombre, suponemos que será fácil dar con ella. Esperemos que el paseo valga la pena.



Fotografía de Adam Wiseman.



A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXXVIII

La ejecución de Xicoténcatl

Ramón Moreno Rodríguez

En una de las primeras entregas de esta serie dijimos que había múltiples personajes trágicos que evidenciaron tal condición a raíz de los acontecimientos históricos que venimos repasando. Entre los enlistados estaba el príncipe tlaxcalteca Xicoténcatl Axayacatzin o simplemente Xicoténcatl el Joven, para distinguirlo de su padre, señor de Tizatlán, que respondía al mismo nombre.

Este joven tlatoani fue uno de los primeros en aparecer en escena, pues fue él quien encabezó el ejército tlaxcalteca y otomí que intentó detener a Cortés cuando a su llegada en 1519 pretendió entrar a las tierras de Tlaxcala. Las intenciones de los extranjeros no eran belicosas, pues por consejo de los tonacas, sus acompañantes, buscaban una alianza para enfrentar a los mexicanos. No obstante, los embajadores extranjeros –que pidieron ser escuchados– fueron rechazados. La experiencia de los tlaxcaltecas era funesta, tolerar la entrada de un ejército extraño, a todas luces, era hostil y signo de debilidad.

Así se envió este poderoso ejército encabezado por Xicoténcatl el Joven para que sin miramientos expulsara a los intrusos. Los planes no se pudieron cumplir, pues los extranjeros resultaron imbatibles (aunque a punto estuvieron de fenecer por cansancio) y lo más sorprendente era que hacían profundo daño al ejército defensor y ellos –los españoles– no recibían mayor perjuicio.

Fue esta derrota no del todo evidente la que provocó la total desafección de Xicoténcatl contra Cortés y los suyos. Cuando el padre del joven tlatoani y los demás gobernantes (como era tradición en los pueblos prehispánicos se solían establecer triples y cuádruples alianzas) de la federación tlaxcalteca cambiaron de parecer, el encono del joven príncipe no se disipó. Desde este primer momento fue un colaborador a disgusto.

La siguiente ocasión en que se evidenció esa desafección se presentó cuando, al año siguiente, Cortés regresó a Tlaxcala huyendo de los mexicanos tras la derrota de la Noche Triste. En esta ocasión el joven Xicoténcatl propuso que remataran a los extranjeros, que mejor ocasión no había para deshacerse de ellos. A pesar de lo tentadora de la idea, el consejo de tlatoanis, encabezado por el padre de Xicoténcatl, confirmó su alianza con los españoles. Imposible saber qué pudo más en el ánimo de estos nobles señores, si el temor o el odio a los mexicanos.

Al año siguiente, en mayo de 1521, se decidió el final violento de Xicoténcatl el joven. Desde Texcoco Cortés se preparaba para el asedio final a la ciudad de México.

Se convocó al ejército de Tlaxcala para que contribuyera en tan notable lucha como se preparaba. Así pues, a principio de este mes que decimos se presentó Xicoténcatl encabezando los hombres que su patria enviaba para luchar contra los mexicanos. Otros generales tlaxcaltecas también participaban, entre ellos iba Chichimecatl que era irreconciliable enemigo del joven señor y que lo acusó de traición.

Sucedió que, cuando el ejército invasor se preparaba para salir de Texcoco en dirección a México se echó en falta la presencia del joven tlatoani y de inmediato se investigó la causa de esto. Acto seguido el dicho Chichimecatl se presentó ante Cortés y dijo que Xicoténcatl se había regresado a Tlaxcala con las intenciones de arrebatarle su reino y aprovechar la debilidad de su padre (era un anciano ciego) para enseñorearse de toda Tlaxcala. Cortés, dice Bernal Díaz, envió a tres príncipes de Texcoco y dos de Tlaxcala a buscarlo y a rogarle regresara para cumplir con el deber que su padre le había encomendado de ir a hacer la guerra contra los mexicanos.

Lo encontraron de camino y éste se negó a retornar, pues dijo que todos habrían de morir en la ciudad de México y que él no lo haría. Cuando el extremeño recibió la respuesta se dio por perdida la colaboración tan importante que negaba y mandó a un alguacil para que donde lo encontrara y sin más averiguar lo hiciera ejecutar por traición al rey. Y así sucedió. En un pueblo todavía en tierras de Texcoco lo alcanzaron y ahí mismo fue ahorcado.

Que Cortés es el responsable directo de la muerte de Xicoténcatl, no hay duda alguna, él ordenó su ejecución. La supuesta o real acusación de Chichimecatl suena difícil de creer, pues si el joven príncipe no estaba dispuesto a colaborar no habría habido necesidad de que hiciera el viaje de Tlaxcala para luego regresarse de inmediato. Más absurdo es creer que los mensajeros vayan y vuelvan dos veces y aun lo encuentren en tierras texcocanas, pareciera que el joven Xicoténcatl huía de rodillas. En fin, las intrigas entre los mismos indígenas son tan absurdas que otros cronistas acusan al mismo Xicoténcatl el Viejo como responsable directo de la muerte de su hijo, pues alegó ante Cortés que lo mejor que podía hacer el conquistador era matar a su hijo porque le había salido un hombre alocado e irreflexivo.

Hoy, Xicoténcatl el Mozo es tenido en Tlaxcala como un héroe que supo elevarse por encima de los conflictos que había en el viejo mundo prehispánico y que con altura de miras supo entender el verdadero significado que tenía para su pueblo y su cultura la intromisión de los extranjeros.

Carta a Emiliano

Sandra Sevilla

Era una noche de primavera, cálida como cualquier otra noche en nuestro hermoso Colima, con la luna más brillante y bonita, más hermosa que la de octubre.

Esperábamos la noticia de tu llegada afuera del hospital, Davide, tu papá; los nonos Silvia y Elvio, tu tita Fracy y yo, tu tía.

-Familiares de Sara -gritó una enfermera al pie de la puerta de urgencias.

Todos, como por arte de magia, brincamos dispuestos a recibirte, y tu papá señaló con la mano que éramos nosotros.

-Ya nació... es niño -replicó la sanitaria.

Tu papá rejuveneció 10 años, tu nona Silvia corrió unos metros pero nono Elvio la contuvo, tita Fracy era toda sonrisa, como siempre, pero sus dientes parecían perlas, y yo vi cómo la luna brilló aún más, pero era el amor que guardaba en mi corazón el que te daba la bienvenida. Nos abrazamos emocionados unos con otros, felicitándonos por el hecho de que ya habías nacido.

Toda la tarde había estado en el hospital acompañando a tu mamá porque tú no querías nacer, porque vivías aventuras y viajes en la calidez y comodidad de su vientre, pero éste ya no podía darte cobijo, porque eras demasiado grande para el tamaño del cuerpo de mami.

No pudimos conocerte esa misma noche por la laringomalacia que te

aquejaba, debías permanecer en observación en una incubadora por varios días. Cuando te dieron de alta, no pudimos esperar a que llegaras a casa, todos corrimos al hospital a darte la bienvenida al mundo.

Esperábamos impacientes tu salida, cuando tu papá y tu mamá aparecieron en la puerta de la clínica. Nos acercamos, tu mamá te llevaba en brazos y tu papá quitó la mantilla que te cubría y estabas ahí, el niño más lindo que jamás había contemplado. Primero los abuelos te miraron y te abrazaron. Cuando tocó mi turno, te puse en mis brazos y te contemplé... tan pequeño, ronroneabas como un gatito recién nacido. Me sentía tan dichosa, como cualquier madre cuando conoce a su hijo.

Después vinieron las borucas, tus primeros pasos, andar detrás de ti cuidando que no subieras las escaleras, que no le arrancarás esferas al árbol de Navidad; los pasteles de cada año, celebrando a escondidas tus cumpleaños; risas, muchas sonrisas; idas al cine, a los juegos mecánicos; también hubo llanto, desconcierto y tristezas, pero siempre abrazándote, conteniéndote en mi corazón; eras siempre tú llenando nuestras vidas.

Nuestra historia abarca 15 años desde la vez que nuestras miradas se cruzaron, aquel 11 de abril de 2006, y me sigue latiendo el corazón con el mismo amor.

¡Feliz cumpleaños, Emiliano!



Doña Concha y los chaneques

Leopoldo Barragán Maldonado



Dice la leyenda que Concepción Chan, tabasqueña de buena madera y carácter fuerte, tenía las piernas cascorvas, no por montar a caballo, sino arqueadas por el paso del tiempo y el peso de los canastos con ropa que diariamente acarrea a la orilla del río Grijalva. En el pueblo de San Juan Bautista, la llamaban doña Concha, pero cuentan quienes la conocieron que los mozalbetes del lugar le decían *conchacha*, apodo burlón y provocativo, porque se rumoraba que un día estaba apurada dándole duro a la tallada de unas cobijas, cuando el cielo se empezó a nublar, sopló fuerte el viento dejando escuchar tronidos amenazantes de lluvia, entonces otra mujer que estaba a su lado le gritó *conchacha* apúrate, recoge tus trapos que ahí viene el aguacero; eso fue suficiente para que se le derramara la bilis, sin importarle el temporal ni acordándose de sus dolencias, nomás se secó las manos en sus faldas, dejándosele ir a golpes y arañazos, la sujetó del chongo dándole buena arrastrada entre el lodo y las piedras.

El gremio de lavanderas contaba que el temple impulsivo de doña Concha se debía a la pérdida de Marco, su único hijo, soldado de la marina muerto en 1838, durante el asalto francés al puerto de Veracruz; que era tanto su pesar que la veían hablar sola cuando caminaba hacia el río. Desde la muerte de su retoño, doña Concha había caído en profunda tristeza y no le gustaba platicar con nadie, al llegar a su casa cerraba la puerta asegurándola con una tranca, solo permanecía abierta la ventana por donde sus clientes le dejaban los canastos con ropa sucia.

Dicen que una vez estaba en el corral colgando unos pantalones cuando miró que otro lazo, repleto de camisas y camiones, se movía de un lado para otro, las prendas eran sacudidas como si las quisieran secar rápidamente, al observar que los otros tendedores permanecían inmóviles, le agarraron los nervios, se santiguó tres veces encomendándose a la virgencita, y apresuradamente entró a su casa cerrando la ventana. Al anochecer, prendió las velas y rezó el rosario; después de agradecer el diario sustento, se dispuso a cenar colocando una tacita de barro en el lugar acostumbrado, dio la vuelta para atizarle al fuego y calentar la olla del café. Al regresar a la mesa, observó que la taza estaba en el piso, los leños del fogón giraban entre las brasas, y la flamita de la vela era apagada por misterioso hálito. Doña Concha, olvidándose de la cena, se metió en la cama cubriéndose con una manta de pies a cabeza, así pasó toda la noche, sudando de los purititos nervios de escuchar cómo movían los trastes de su humilde cocina.

Al día siguiente, con rosario y escapulario en mano, tomó su canasto y se fue al río, caminando y rezando. Cada paso que daba pensaba si había sido el diablo, o el alma de su difunto hijo. Por fin llegó al río, poniéndose a lavar, al terminar con la primera docena de ropa, agarró el puño de vestimentas aventándolas al cesto, las prendas cayeron al piso impregnándose de tierra, el mentado canasto estaba arriba de un árbol. Sin pensarlo dos veces, la lavandera se fue en busca del señor cura. El sacerdote, que era instruido y leído, después de escuchar el relato de doña Concha, trató de tranquilizarla diciéndole que recién llegado al templo, a diario notaba que túnicas, sotanas y estolas aparecían desordenadas en la sacristía, pensando que eran descuidos del sacristán porque de vez en cuando se echaba sus alipuses. Hasta que un día, enfadado de tanto desbarajuste, regañó a su ayudante que, temeroso de perder parte de las limosnas que se embolsaba, le explicó que en esas regiones costeras, abundantes en selvas, era común que los chaneques anduvieran en el río, por las montañas, en las casas, y por si fuera poco, hasta en la iglesia, pero que no tuviera temor, porque los chaneques, pequeños duendecillos, sólo agredían a gente de malas intenciones, pero con las personas de buena voluntad, eran traviesos y divertidos. Terminada la explicación, y devuelta la serenidad a la inquieta mujer, el párroco le dijo que iba a contarle una historia para que ya no se angustiara por las ocurrencias de los chaneques.

El padrecito y doña Concha salieron de la sacristía, sentándose cómodamente en una banca del atrio, pidiéndole a la lavandera que mirara la cruz del campanario, porque allá arriba los chaneques habían hecho algo increíble. El sacerdote le platicó que en octubre de 1846, una flotilla de buques norteamericanos fondeó en las costas de

Tabasco, venían con intenciones hostiles, bajo el mando del comodoro Matthew Perry, quien utilizando la superioridad artillera de los vapores *Mississippi*, *Vixen*, *McLane*, y las goletas *Nonata*, *Fortuna*, *Reefer*, y *Bonita*, se apoderó sin dificultad del puerto de Frontera, capturando los vapores nacionales *Tabasqueño* y *Petrita*. Después de tan cómodo asalto, Perry confiando en su suerte, se adentró en el río Grijalva, para tomar San Juan Bautista, creyendo que sería otra presa fácil debido a la escasa resistencia. Al remontar el río, grande fue la sorpresa de los estadounidenses, grupos de soldados mexicanos apostados a lo largo de la rivera, abrieron fuego sobre los buques. Dicen que los gringos estaban turbados porque no lograban identificar los emplazamientos de los mexicanos, escuchando disparos por todas partes, que provenían de la orilla, detrás de los árboles, entre los zacatales, desde las montañas, e inclusive cuentan que era tan nutrido el ruido de las balas que se impactaban en las naves, que los invasores corrían con sus fusiles de una banda a otra; apenas tomaban posición de tiro, cuando los sonidos desaparecían para dejarse escuchar por el lado contrario; hasta el mismísimo comodoro Perry, con sable y pistola en mano, se agachaba, volvía a levantarse, dando vueltas en el puente de mando, como toro partiendo plaza.

A pesar del desconcierto, el 25 de octubre, la escuadrilla gringa llegó a San Juan Bautista. Envalentonado por la conquista de Frontera, Perry despachó un propio con una carta para el coronel Traconis, comandante de la plaza, requiriéndole deponer

las armas y entregar la capital. Recibida la negativa, los buques bombardearon la ciudad. Por las escalas del *Mississippi*, se descolgaban los infantes norteamericanos que, comandados por el capitán Forrest, desembarcaron en la ciudad, recibiendo cálida bienvenida a fuego cruzado por los mexicanos parapetados en barricadas y azoteas de casas, edificios públicos, incluyendo la torre de la parroquia. Balas de todos los calibres pasaban silbando por calles y esquinas. Narran los versados que en ese toma y daca de metralla, un proyectil destrozó el asta del cuartel donde flameaba la bandera mexicana; al caer el lábaro patrio, hizo creer a los gringos que la plaza se rendía; pero algunos hombres del pueblo, que disparaban desde el campanario, aseguran que fue travesura de los chaneques, provocando que el comodoro Perry, suspendiera el fuego y exigiera la rendición.

La respuesta del coronel Traconis fue desafiante, diciéndole a la gringada que no se rendía y que él personalmente colocaría el pabellón nacional en el punto más alto de la ciudad, en la cruz del campanario de la iglesia. El comodoro estaba furioso por la respuesta, ordenando de inmediato el bombardeo, los infantes norteamericanos volvieron a la carga una y otra vez sin lograr el objetivo. Cuentan que a los gringos les fallaba la puntería, que al disparar sentían empujones por la espalda, y como si les echaban tierra en los ojos, los gatillos se aflojaban, los martillos no percutían, los cerrojos de sus fusiles se trababan, estos yerros fueron obra de los chaneques. A bordo de los buques también sucedían cosas extrañas, dicen que en los pañoles de municiones muchas cargas de pólvora estaban mojadas, a los abastecedores les jalaban los brazos cayéndose los proyectiles, que los apuntadores veían aparecer y desaparecer la bandera mexicana, provocando que los artilleros no dieran en el blanco, todo era confusión entre los gringos y diversión para los chaneques.

Así transcurrió la batalla, hasta que al filo de las 6 de la tarde, Perry, herido en su orgullo, renunció a su plan, consolándose con llevarse cautivas las goletas *Micaela*, *Pitirri* y *El Tabasqueño*, el bergantín *Manuelita*, y el pailebot *Progreso*. Mientras que los gringos, con la amargura de la derrota, se embarcaban para regresar a sus transportes, los soldados y civiles mexicanos salían felices de sus barricadas y escondites, bajando de las azoteas para concentrarse en la plaza principal cubierta de escombros, eufóricos lanzaban vivas levantando sus armas en señal de victoria. Cuenta la leyenda que en ese momento las campanas empezaron a tañer con sonora intensidad, todos voltearon hacia la torre de la iglesia, pero nadie se encontraba allá arriba, sólo los chaneques que gustosos brincaban entre los yugos, columpiándose de un badajo a otro, y serpenteando la bandera mexicana, como habían sacudido el tendadero de la lavandera.

